

EL TESORO DE LENCINAS

*“Más que un hogar,
la casa era un pueblo”*

Gabriel García Márquez

José Néstor Lencinas, más conocido como el “gaucho”, nació en el departamento de San Carlos. A través del voto popular fue electo gobernador de Mendoza, cargo que desempeñó hasta el momento de su deceso, en mil novecientos veinte. Carlos Washington, uno de los hijos de José Néstor, tomó la posta y encabezó el movimiento político que ganó las elecciones del veintidós. Ese mismo año fue ungido gobernador y cuando concluyó ese mandato asumió el cargo de senador nacional. En noviembre del veintinueve fue asesinado, por un sicario, al retornar de Buenos Aires.

Según afirman los memoriosos y algunas crónicas de aquellas épocas, los Lencinas habrían construido una mansión en el distrito rural de Colonia Segovia para descansar los fines de semana.

Algunos vecinos señalaban que allí los Lencinas organizaban reuniones sociales y políticas que trascendían lo meramente protocolar o festivo. Se dice que allí asistió el presidente Hipólito Yrigoyen con quien los caudillos locales mantenían una tensa relación. Sin embargo en esas reuniones lograron acordar la sanción de leyes sociales fundamentales.

Mi amigo Jorge Bustos, me relató la inquietud de su amiga, Cristina, a quien frecuentaba esporádicamente para compartir mates y conversar. La familia de la mujer había adquirido, hace muchos años, una vieja casona en una zona rural de Guaymallén. Tras la división de la herencia, a Cristina le correspondió la propiedad de Colonia Segovia.

La casona, si bien estaba derruida por el paso de los años y la falta de mantenimiento, conservaba evidentes detalles de lujo para quien pusiera un poco

de atención. Pisos entablonados, machimbres, cielorrasos y estructuras del techo de pinotea, ambientes amplios y confortables, artefactos de los baños de losa blanca con detalles en metal labrado, grifería de bronce, esculturas y fuentes en el patio.

Si bien la familia de Cristina había tenido momentos de buen pasar económico, la separación con el marido y la preocupación de alimentar a los dos hijos la habían impulsado a evaluar la posibilidad de vender el viejo solar. Entonces, recordó el relato de Francisca, una vecina que llevaba más de sesenta años viviendo en la zona, quien afirmaba que los Lencinas ocultaban objetos de valor para evitar que ladrones u opositores políticos se apropiaran de esos bienes.

Cristina se propuso buscar los tesoros escondidos antes de concretar la venta. A fuerza de pico y pala logró cavar, durante todo un fin de semana, varios pozos en lugares estratégicos del patio, sin lograr ningún resultado. Lejos de darse por vencida contrató a un albañil que comenzó a levantar los pisos de toda la casa. Luego siguió desarmando los cielorrasos y las chapas del techo. Durante los siguientes días, con la ayuda de un martillo neumático, el operario perforó cada una de las paredes hasta dejar la casa en ruinas.

Varios días pasaron hasta que Cristina volviera a conversar con Jorge, a quien mencionó lo sucedido. Él la observó un instante y después quedó con su mirada hacia el jardín, como suspendido en el tiempo. Tomó las manos de Cristina y afirmó:

— El tesoro que buscas no existe.

—Decime, Jorge, ¿por qué crees eso?, por favor —preguntó ella, con un nudo en la garganta.

Jorge la miró con una mezcla de compasión y ternura. Entonces afirmó:

—El tesoro era la casa.